



La princesa de La Almoloya

En el Museo Arqueológico de Murcia, la tumba sería cola de ratón, una más de las maravillas que encierran sus salas, mientras que en Mula sería cabeza de león

JUAN GONZÁLEZ CASTAÑO
HISTORIADOR



Desde hace unos días se está promoviendo en la comarca del Río Mula una campaña bajo la denominación de 'La princesa se queda en Sierra Espuña', campaña que cuenta con las simpatías y el apoyo de la ciudadanía, de los alcaldes de los municipios de Totana, Mula y Pliego, y de organizaciones políticas y sociales, unidos en la preocupación por la suerte de la mencionada princesa.

Pero, ¿acaso tan alta personalidad corre riesgo de ser raptada por un ogro; envenenada por su malvada madrastra, envidiosa de su belleza; o se ve obligada a casarse con un pretendiente no amado por ella que la llevará a un lejano país? No, la cosa es menos literaria.

Resulta que en la tumba 38 del poblado argárico de La Almoloya, en término de Pliego, junto al cadáver de un hombre, sepultado poco antes, apareció el de una mujer, de 1,55 cm. de altura, fallecida hacia el 1650 a. C., a los 25-27 años de edad.

El yacimiento fue excavado a lo largo de cuatro días del año 1944 por don Emeterio Cuadrado y don Juan de la Cierva López, dueño del paraje, quienes lo dieron a conocer al mundo científico, mas también al de los esquiladores de restos arqueológicos que son propiedad de todos. Pertenece a la cultura argárica, descubierta en la vecina provincia de Almería por los hermanos Siret, ingenieros de minas belgas, durante la década de 1880, y cuyo ámbito temporal se enmarca entre el 2000 y el 1550 antes de nuestra era.

El ajuar del enterramiento mencionado estaba compuesto por objetos inusuales en sepulturas del mismo periodo, como dilatadores de oro y plata, cuentas de ámbar báltico, un puñal con remaches de plata y, lo que más llamó la atención de sus descubridores, arqueólogos de la Universidad Autónoma de Barcelona, encabezados por don Vicente Lull y don Rafael Micó, que trabajan en la estación prehistórica desde el año 2013: una diadema de plata con una es-

pecie de disco central ciñendo la calavera, indudable símbolo del estatus de que gozó en vida la mujer hace unos 36 siglos. De tan distintivos elementos solo se conocen cinco ejemplares más, hallados en diversos yacimientos; cuatro son de plata y uno de oro.

Llegado el tiempo de exponer permanentemente el conjunto de materiales de La Almoloya, y ante la ausencia de un museo en Pliego, lugar llamado a albergarlo, se decide que se traslade al de Mula, ubicado en el viejo convento franciscano.

Consultada la Administración regional, aprueba que los objetos se muestren en la ciudad de Mula, pero –siempre hay un pero– la tumba principesca, la que hemos descrito anteriormente, se montará en el Museo Arqueológico de Murcia. Parece que para tan extraña decisión se aduce que allí la verá más gente, algo opinable. Es como si, enarblando el mismo motivo, hubieran llevado a la capital regional el busto de Adriano encontrado en la villa de Los Torrejones y el cipo ibérico de Los Jinetes, proveniente de la necrópolis ibérica de Coímbra del Barranco Ancho, custodiados, respectivamente, en los museos municipales de Yecla y Jumilla.

No sé si los responsables de tan insólita resolución se han detenido a pensar que, en el museo de Murcia, la tumba sería cola de ratón, una más de las maravillas que encierran sus salas, mientras que en Mula sería cabeza de león, completaría la colección de La Almoloya, no rompería su

discurso histórico y, cuestión que consideramos fundamental, constituiría un revulsivo para la maltrecha economía de la comarca del Río Mula, al favorecer la llegada de visitantes para contemplar cómo vivían y morían los dueños de Sierra de Espuña durante la Edad del Bronce. Para que esta evidencia sea una realidad, únicamente tienen que primar la lógica y la racionalidad, porque lo único indiscutible en este mundo es la certeza de que la muerte llega a todo lo nacido, el resto es mudable, mucho más cuando hablamos de opiniones y dictámenes.

